

La mujer colimense a mediados del XIX

Ma. Ángeles Olay Barrientos*

Avital Bloch y Margarita Rodríguez, *Colima, la ciudad, en el siglo XIX: espacios, población, producción y mujeres*, Colima, Secretaría de Cultura del Estado de Colima / Sociedad Colimense de Estudios Históricos, 2013, 170 pp.

Una de las etapas más estudiadas de la historia de México es el siglo XIX, tal vez por ser el periodo en el que se perciben más claramente aquellos fenómenos que configuraron al ser social mexicano. La diversidad de acontecimientos que generaron la independencia de las colonias hispanoamericanas y la paulatina inserción de sus economías a los mercados internacionales que promovía el capitalismo en ascenso impulsó el interés por conocer los vastos recursos naturales de la extensa geografía americana y el establecimiento del rumbo que tomarían los nuevos estados soberanos.

La independencia política no garantizó de ninguna manera la ruptura de un orden social edificado sobre las pautas morales de la Iglesia católica. El poder eclesiástico, tan útil al Imperio español durante el periodo virreinal, mantuvo su dominio sobre una incipiente y

poco estructurada autoridad civil. En este contexto, la vida cotidiana siguió su curso a todo lo largo y ancho de un territorio poco comunicado en el cual el transcurrir del tiempo se apreciaba en la sucesión de las fiestas de vírgenes y santos.

La paulatina construcción del Estado mexicano —a través de asonadas militares, invasiones extranjeras y espinosos consensos políticos— requirió, como medida sensata, tanto del estudio de la geografía del país como de su población. El levantamiento de censos tuvo como objetivo considerar no sólo la cantidad de gente que lo habitaba sino a la vez, saber cómo y de qué vivía. A través de estas consideraciones se pretendía impulsar las actividades productivas y, con ello, conducir al país a la prosperidad.

Así, a partir de un par de censos recuperados en el Archivo Histórico de Colima, las investigadoras Avital Bloch y Margarita Rodríguez realizan el ejercicio de leer entre líneas aquello que se dice sin decir y colocan bajo la luz de una mirada interrogante las existencias y las acciones de esa multitud silenciosa que prácticamente no figura en los libros de historia: la presencia de las mujeres. A través del *Censo de 1841* y del *Padrón de Varones, 1842* las autoras nos presentan un panorama en el cual no sólo hablan del número de hombres, mujeres, niños y niñas que habitaron la villa de Colima, sino

también, de lo arraigado que se encontraba el esquema patriarcal en una sociedad que gravitaba alrededor de una elite agraria asentada en una ciudad pequeña, alejada de los grandes centros de poder.

Interpretar y convertir la información numérica en una imagen que refleje la realidad cuantificada es no sólo un ejercicio de imaginación, es también la oportunidad de utilizar aquellas herramientas de conocimiento aprehendidas a lo largo del oficio de historiar (Luis González *dixit*). Las autoras aprovechan el amplio andamiaje edificado por numerosos investigadores de la región de Colima —quienes han abordado aspectos diversos de su geografía y sus habitantes— a fin de recrear el escenario urbano en donde transitaban las familias que habitaron tanto los barrios de casas de cal y canto como los de cuartos de adobe, bajareque y techos de palma.

La villa de Colima surgió, como muchas de las ciudades fundadas por los españoles, como un proyecto de ordenamiento espacial a partir de una traza cuyo eje fue la plaza principal en torno a la cual se ubicó, desde un principio, el poder civil y religioso. El paulatino crecimiento de su poblamiento hacia los cuatro puntos cardinales estuvo marcado por una dinámica económica que reflejó la constante lucha de la región por integrarse a flujos comerciales más dinámicos.

*Centro INAH Colima.

La villa de Colima era entonces una comunidad en la que no existía la luz eléctrica y el agua debía ser acarreada desde diversas fuentes públicas, extraída mediante la excavación de pozos o comprada a los aguadores que la trasladaban desde los cauces de los arroyos. Tener hijos o enfermarse suponía un riesgo que debía enfrentarse con la ayuda de parteras y curanderas, las familias acomodadas podían utilizar en su caso los servicios de alguno de los tres médicos o del boticario reportados en el *Censo de 1841*. La ausencia de la noción de higiene —una construcción social que inició poco antes de que concluyera el siglo XIX— propició que hubiera no sólo el terreno fértil para las enfermedades y epidemias, sino que también dio pie para fortalecer la autoridad de una Iglesia que explicaba los desastres como el merecido castigo para aquellos que no seguían las pautas morales establecidas.

¿Cómo era la vida de las mujeres en ese entonces? A partir de esta pregunta las autoras emprenden el estudio del conteo ordenado por el presidente Anastasio Bustamante y que tenía como propósitos conocer cuántos varones habitaban el país e impulsar un mecanismo que gravara sus ingresos personales. Hoy como ayer, las encuestas enfrentan las barreras que los individuos construyen para eludir los objetivos de los gobiernos en turno; la fotografía, en todo caso, sirve para ilustrar el estado que guardaba esa parte de la población que no suele figurar en los libros de historia.

Hacia la mitad del siglo XIX las mujeres constituían más de la mitad de la población (el 56.7%), de las cuales el 42% estaban casadas. Si

tomamos en cuenta que los registros buscaban los datos de los varones y en ellos las mujeres *existen* sólo como cónyuges, se verá la dificultad de esclarecer las particularidades del universo de solteras, de madres solteras y de viudas cuyos maridos no les heredaron bienes sobre los cuales construir la respetabilidad social. El contexto que enmarca los datos da cuenta de una alta incidencia de mortalidad infantil, de la vulnerabilidad de la primera infancia ante enfermedades infecciosas y de la mala atención que recibían las mujeres parturientas, misma que pagaban con su vida. Es probable que estas variables expliquen el bajo promedio de hijos por familia para la época: entre 3 y ninguno.

Sorprende que los registros den cuenta de la existencia de 507 familias monoparentales de las cuales 446 estuvieron encabezadas por mujeres, la cifra, de manera velada, habla de prácticas poco cristianas como el raptó, la violación y la seducción. El otro lado de la moneda, la utilización de la sexualidad femenina como una forma de resolver las necesidades cotidianas, fue contenida por los liberales del siglo XIX, quienes otorgaron a los hombres la prohibición de indagar sobre la paternidad de supuestos hijos, frutos de sus “actos privados”.

El abandono de menores y la proliferación de *huérfanos* fue tanto una consecuencia de la alta mortalidad de las madres al momento del parto, como de los “malos pasos” de algunas mujeres o resultados de abusos. La Iglesia desempeñó entonces el papel protector a través del apoyo de una institución que tuvo un gran impacto en Colima: el Beaterio. Esta institución medieval —que instauró

en América una red de convivencia femenina debidamente sancionada por una Iglesia, que negó la fundación de una mayor cantidad de conventos donde congregar mujeres— tuvo un éxito inesperado en Nueva España. El fenómeno no es inexplicable pues, además de una vida cristiana y la promesa de obediencia al director espiritual, en esos lugares se otorgaba a las mujeres alguna educación que iba más allá de los consabidos rezos: desde escribir y leer, hasta bordar, sumar, cantar o tocar algún instrumento musical. El Beaterio de Colima fue un espacio de convivencia femenina que acogió a mujeres que por diversas circunstancias se encontraron solas y vulnerables.

El Beaterio de Colima se desempeñó, a la vez, como un espacio de enseñanza cuyas pautas dan cuenta de la condición de la mujer en un tiempo en el cual su destino, tanto deseado como inevitable, era el matrimonio, la reproducción y la atención de los otros. Los conocimientos que se pusieron al alcance de esas mujeres buscaron reforzar siempre el modelo cristiano de madre, hija y esposa. No puede dejar de mencionarse que el vocablo *beata* significó un estereotipo de mujer exageradamente religioso y alejado de cualquier comportamiento mundano. Poco se sabe de la importante labor de una comunidad que abrió la puerta a mujeres que, mediante la lectura y el estudio, accedieron a un conocimiento de sí mismas que de otro modo hubiera sido imposible. No puede negarse que esa labor comunitaria femenina fue tal vez el único apoyo de muchas mujeres pobres y solteras que se encontraron expuestas al amancebamiento, al adulterio y la prostitución, activi-

dades severamente sancionadas por Dios y por los hombres.

La estampa de esta sociedad provinciana es complementada por las autoras a partir de un minucioso análisis del papel desempeñado por las mujeres en la economía local. El *Censo de 1841* registró 120 oficios: 76 realizados por hombres, 25 por mujeres y 19 por ambos. La labor femenina más común era la de tortillera, seguida por las costureras, cocineras, comerciantes, criadas, hilanderas, curanderas y maestras.

Es interesante observar, a la luz de los datos, cómo las labores femeninas no suelen contabilizarse como actividad productiva, los trabajos de cocineras, sirvientas, lavanderas y nanas eran considerados

como una extensión del trabajo doméstico y, por ende, una labor *natural* de la mujer. Si retomamos el dato de que 446 familias monoparentales estuvieron encabezadas por mujeres y que, por tanto, debieron desarrollar una serie de actividades para sostenerlas económicamente, es claro que su trabajo no fue debidamente registrado. No debe olvidarse que la fábrica de hilados y tejidos de San Cayetano fue instalada hacia 1842 y que su mano de obra fue fundamentalmente femenina. Su acceso a la vida productiva no estuvo exenta de una suerte de sanción social: un pago menor al recibido por los hombres por una misma labor y jornada de trabajo.

En suma, la obra de Avital Bloch y Margarita Rodríguez es un trabajo pionero en la labor de hacer visible la historia de las mujeres en una región en la cual la historia local es un compendio de jefes de plaza, de caudillos y de patriarcas. Es importante mencionar que el lector no encontrará un discurso maniqueo en el cual los hombres son malos y las mujeres buenas. El texto tiene la virtud de construir un escenario creíble habitado por gente común y familias renombradas cuyas descripciones dan cuenta de formas de vida que, contra lo que pudieran hacernos pensar nuestros avances tecnológicos, no ha variado sustancialmente en las formas de valorar en su conjunto a hombres y mujeres.

Visualidades históricas

Rebeca Monroy Nasr*

Sergio Raúl Arroyo, Gina Rodríguez, Isaura Oseguera *et al.*, *México a través de la fotografía, 1839-2010*, México, Museo Nacional de Arte / Fundación MAPFRE, 2013, 429 pp.

Leer un libro que originalmente estuvo estructurado como una investigación sobre la historia de México y la fotografía para realizar una

curaduría y su consecuente exhibición en un Museo Nacional del INBA lo convierte en un texto con otros fines pragmático-intelectuales para los lectores-espectadores que nos acercamos a él. Con un formato atractivo, podríamos decir que emulando el 6x6 de las cámaras profesionales, el material de *México a través de la fotografía* nos lleva a un paseo por 171 años de imágenes que van desde la daguerrotipia hasta la digitalización fotográfica.

Un proyecto muy ambicioso, mucho más que cualquiera que po-

damos recordar en épocas recientes, y a la par de *La gracia de los retratos antiguos*, o bien, el de Henri Cartier-Bresson y Álvarez Bravo para el Museo de Bellas Artes (1935); también nos remonta al esfuerzo de *Palpitaciones de la vida nacional* de Enrique Díaz y Antonio Rodríguez (1947), a la vez que rememora el eco visual natural con la que realizaran su obra Mariana Yampolsky y Francisco Reyes Palma en el Museo de Arte Moderno por los 150 años del descubrimiento e invención oficial de

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.